

Salviano de Marsella y el cristianismo

Salviano es sin duda uno de los autores cristianos más importantes. A pesar de sus carencias, las cuales se expondrán, defiende ciertos valores universales y prácticas cristianas de una valía incalculable. Su escrito más importante "*De gubernatione Dei*" o *Sobre el gobierno de Dios* se ha traducido al castellano después de casi 1600 años de su redacción original en latín, en el cual expone su ideario, además de realizar una detallada descripción de la decadencia del Imperio romano. A lo largo de su obra el de Marsella transmite una firme dedicación a la axiología, una especial preocupación por el buen actuar. El mismo título de su otro texto *A la Iglesia contra la avaricia* denota su posición crítica y transformadora, mientras que el resto de documentos que le son atribuidos se reducen a nueve cartas de carácter más personal.

A través de una cita de San Juan (2:6), en la que se alude a Jesús, expresa la síntesis de su cosmovisión: "*El que dice que está en él, debe andar como él anduvo.*" Esto es, aquel que se dice cristiano tiene que vivir como Cristo vivió y debe aspirar a seguir su ejemplo, tanto en su autoconstrucción individual como en su vida comunal y revolucionaria.

Concretamente, los principales beneficios del estudio de Salviano y su obra son: 1) su vida puede servir de inspiración en determinados aspectos; 2) adentrarnos en su época, conocer acerca de la desintegración del Imperio romano; 3) averiguar sobre el cristianismo verdadero, el perseguido por Roma, por medio de textos únicos y originales; 4) ayudarnos en la comprensión de la historia y por ende de la realidad presente; 5) descubrir a cerca de la rebelión bagauda y su relevancia histórica; 6) favorecer que nos demos cuenta de nuestras verdaderas necesidades, que son mayormente inmateriales; 7) alentar el resurgir del sujeto, su autoedificación como tarea principal hoy y siempre; 8) suscitar un cambio civilizador que se inspire, en parte, en grandes metas como las que propugna, ante todo en el amor como esfuerzo y sacrificio desinteresados; 9) recuperar el aprecio por los clásicos, por lo positivo de la cultura occidental y sus excelsos valores civilizadores.

Su mera existencia nos sirve de enlace entre el cristianismo, hostigado y falseado hasta casi su desaparición, y la revolución altomedieval, momento en el que nace Europa, fundada primordialmente a partir de magníficos ideales cristianos. El mejor ejemplo es el de la Península Ibérica, como se expone en *El derecho consuetudinario en Navarra, de la revolución de la Alta Edad Media al Fuero General* de Félix Rodrigo Mora.

Igualmente, gracias a su legado podemos atestiguar la división sempiterna entre la Iglesia y el cristianismo. A finales del siglo IV, los hostigamientos, torturas y asesinatos de los cristianos más combativos se incrementaron, a la vez que Roma conformaba otro grupo de "cristianos" a su servicio que fabricaron una falsa doctrina cristiana, la cual lograron imponer en el año 325 d.c. con el concilio de Nicea. En otras palabras, las élites romanas crearon un conjunto doctrinal parcial y formalmente similar a la cosmovisión cristiana, mas en verdad antagónico, con el propósito de destruirla y acabar con las insurrecciones populares de una vez por todas.

Esa confrontación se materializó singularmente en el movimiento cenobítico cristiano, en el cual participó Salviano, pues fue monje del monasterio de Lérins y después del cercano San

Víctor de Marsella. Como se explica en el texto sobre el monacato, existieron distintas expresiones de ese complejo movimiento, por lo que se debe juzgar cada realización según sus características particulares. Ciertamente es que el ejemplar *Sobre el gobierno de Dios* expone un programa político-social elaborado colectivamente, fruto del pensamiento y sentir del cenobio de Lérins, donde también crearon la *Regla de los Cuatro Padres*. De esta cabe destacar la recuperación del trabajo universal (todos efectuaban seis horas de trabajo manual y tres de intelectual), el colectivismo, el afecto mutuo y la negación de Roma en cuanto al esclavismo y militarismo, por lo que podemos definir aquella como regeneradora. No obstante, contenía carencias como su aislacionismo, el excesivo peso del abad o la exclusividad de monjes varones. Pero, en conjunto, dada la abyecta situación social e individual de la época, su naturaleza fue civilizadora y contribuyó positivamente a la regeneración de Occidente en los comienzos de la Edad Media.

Salviano nació alrededor del año 400 d.c. en la Galia, probablemente en Tréveris, en aquella época la ciudad más importante del Imperio romano occidental después de Roma. Con certeza perteneció a una familia adinerada, pues poseyó considerables bienes y tuvo una educación elitista; su conocimiento de la jurisprudencia y códigos romanos indica que hubo de recibir una formación legal, o que su posición privilegiada le obligaba a educarse en tales menesteres. Pese a que gozaba de una vida excelsa en lo material, plena de seguridad, dinero e influencia, decidió deshacerse de todas sus pertenencias a fin de convertirse al cristianismo, junto con su mujer Paladia y su hija Auscipiola, lo cual es por sí mismo digno de elogio. Acto seguido resolvieron marcharse a Lérins, donde residieron en monasterios separados. De hecho Salviano estuvo distanciado durante siete años de sus padres aristócratas, seguramente con la intención de romper con su pasado, con su vida egoísta, cómoda, segura, lujosa e inmoral, para vivir en una comunidad de hermanos, para construirse como una persona esforzada, desinteresada, humilde, frugal, fuerte, amorosa, inteligente y libre.

En el prefacio de *Sobre el gobierno de Dios* señala que vive conforme a un principio ético cardinal: lejos de pretender cualquier provecho personal o alimentar su vanidad, ansía beneficiar a los demás a través del esfuerzo y servicio desinteresados.

Si bien, otro propósito principal de la obra es demostrar la existencia-presencia de Dios y su gobierno del mundo, aunque en este texto no se tratará esta dimensión. Lo religioso es postergado respetuosamente, puesto que se considera secundario. Aquí se analizarán los aspectos históricos, éticos, políticos, sociales y del sujeto. Asimismo, se comentarán los aciertos de nuestro autor y, aunque los menos, sus errores, al tiempo que las ideas-ideales que se consideren valiosas y útiles para la humanidad toda.

De su texto resalta la gran consideración que otorga a los hechos, desaprobando la palabrería, opinión que recoge del cristianismo, cuya máxima era el amor *en actos*. Por ello ambos se oponían radicalmente al poder jerárquico, al patriarcado y al sistema esclavista romano, los cuales impedían de facto cualquier relación convivencial o afectuosa. Según ellos, las palabras, normas u oraciones son vacías e inútiles si no están fundamentadas en obras, así como nuestras acciones son mucho más importantes que la fe o las creencias. Esta pasión por los hechos y la experiencia es lo que rompe con la verbosidad y doctrinarismo del mundo antiguo. Es más, a raíz de este apoyo al saber experiencial, el proveniente de la realidad concreta,

sentaron las bases del pensamiento técnico y científico que aparecerá en los siglos posteriores. El de Marsella incluso propone prescindir del Viejo Testamento, lo mismo que de los preceptos cristianos menores, con el fin de que todo individuo se focalice en seguir las principales enseñanzas de Cristo: amor, esfuerzo, fortaleza y desinterés.

Otro rasgo clave que comparten Salviano y el cristianismo es su cercanía al estoicismo. A la vez que nuestro autor critica a los Epicúreos, ya que confunden la virtud con el placer, enuncia que son propensos a los vicios y excesos. Respalda la idea romana de virtud, como fortaleza de la persona para ser, estar en el mundo y autoformarse a través de la voluntad y el esfuerzo. Nos dice que hemos de evitar lo cómodo, lo fácil, los lujos, las quejas, las vilezas,... al tiempo que alaba un sujeto vigoroso, sin temor a sufrimientos, penas, dolor, carencias, hambre,... sino que crece y mejora a causa de estos.

Hasta aquí bien, pero el marsellés llega a despreciar la carne, el soma, que tilda de inferior, debido a un exceso de ascetismo. En esto contradice al cristianismo, que desde sus orígenes, en contra de las filosofías ascéticas, cuidaba y amaba lo humano en su totalidad, y al cual las ideas de castidad, pudor y celibato le eran desconocidas antes de Nicea, como bien explica Paul Veyne en *La société romaine*. Además, aunque Salviano condena repetidamente la fornicación, el adulterio y el libertinaje, es necesario advertir que en la antigüedad esos términos también se utilizaban en sentido metafórico, en cuanto a prostitución y falseamiento de las ideas cristianas originales. Una prueba definitiva de la libertad sexual cristiana la encontramos en la revolución altomedieval hispana, donde se volverá a exaltar lo corporal, hecho plasmado en el arte románico popular de los siglos XI, XII y XIII.

Su detallado retrato de la decadencia y desintegración del mundo romano ha sido definido como el elemento más importante de su obra. En esta aborda las invasiones de los diversos pueblos bárbaros y cómo, a sus ojos, aquellos eran superiores éticamente a los Romanos, cuyos peores vicios eran: ansia de poder, robar, desamor, mentir, búsqueda de lujos y placeres, emborracharse, libertinaje, adulterio, amoralidad, gandulería, hipocresía, hedonismo, frivolidad,... De ahí su sentencia de que *“la cautividad del alma es peor que la del cuerpo.”*

Históricamente trascendental es su descripción de los ataques de los Vándalos a Cartago y Cirta, al certificar el completo desmoronamiento de la sociedad romana. Atestigua que aquellos, al cercar esas ciudades, se afanaban en matar a los soldados y prisioneros que se encontraban fuera de los muros de la ciudad, mientras dentro las élites continuaban las fiestas, los vicios y la depravación. Él mismo presencié un delirio similar cuando los Godos atacaron Tréveris, y lo define así: *“los lamentos de muerte se mezclaban con el clamor de los circos.”* Si esto no fuera suficiente, sostiene que tras la tercera destrucción de esta ciudad, con las consiguientes enfermedades y peste, la solución que la plebe rogaba a los poderosos era el circo. Al respecto, Salviano declara que los espectáculos son fuente de inmoralidad y degeneración, secundando a Séneca en su sentencia: *“nada es tan ruinoso para el buen carácter como pasar el tiempo en cualquier espectáculo”*.

Asimismo, es admirable su respeto por los bárbaros, herejes y paganos, lo que muestra su ausencia de fanatismo, más aún, su amor fraternal. Al contrario que la mayoría de autores “cristianos” de la época, el de Marsella, emulando al *Apocalipsis* de San Juan, identifica a Roma como el meollo del mal, en lugar de buscar un chivo expiatorio. No obstante, yerra al omitir la

colaboración que existía desde siglos entre los Romanos y los pueblos bárbaros, a quienes critica pero no suficientemente. Este es un fallo sustancial, pues aunque afirmara que desaparecían los vicios en las ciudades que los bárbaros conquistaban, en esencia eran sociedades con estructuras de poder idénticas, en consecuencia, las fechorías acabarían resurgiendo, como así sucedió finalmente. En este sentido Salviano tampoco reprobó las persecuciones de cristianos realizadas por los bárbaros, ni su colaboración en la liquidación de las revueltas campesinas bagaudas.

Volviendo a sus aciertos, su tesis acerca del porqué Roma estaba siendo conquistada por los bárbaros la expone así: *“No es ni la fuerza natural de sus cuerpos la que les hace victoriosos, ni la debilidad de nuestra naturaleza la que nos hace propensos a la derrota... únicamente son nuestras vidas inmorales las que nos han conquistado.”* O sea, que estaban siendo vencidos debido a su inferior calidad como individuos, y por tanto como sociedad, lo cual provocó la ruina de su civilización. Este razonamiento no sólo tiene mérito reflexivo, sino ético, porque pone en el centro del devenir histórico a la persona, quien dependiendo de sus capacidades y voluntad determina su destino. Es decir, la calidad del individuo es lo capital, la primera meta ontológica. Por esto Sócrates sostuvo que *“una vida sin examen no merece la pena ser vivida”*.

La noción de sujeto que hallamos en el cristianismo es una continuación de la griega y romana, aunque también se nutre de las culturas autóctonas, en primer lugar de la esenia. El cristianismo defiende la idea de sujeto que se hace a sí mismo, convirtiendo a la persona en el núcleo de su cosmovisión. A diferencia de otras religiones y filosofías, como las orientales, su antagonista es el poder, el Estado, en aquellos tiempos Roma, enemigo de las virtudes personales y de la libertad individual. De ahí que rechace el gregarismo y proponga el comunismo como única vía para erigir sociedades libres, dado que establece relaciones de respeto y afecto entre las personas. Por todo ello, es fácil delinear su conexión con la filosofía cínica, pues comparten el aprecio por lo inmaterial, la frugalidad, el rechazo de las jerarquías, el repudio de los ricos y poderosos, igual que su individualismo y actitud heroica.

Ídem, Salviano, como análogamente hicieron Ticonio y Prudencio, plantea la bipartición del ser humano. Reitera que este es imperfecto, capaz de hacer el bien y el mal. Esta posición se enfrenta a la de San Agustín y demás gerifaltes, quienes se consideraban superiores por el mero hecho de pertenecer a una determinada religión. Asegura que todos nos equivocamos y que debemos ser juzgados con arreglo a nuestras acciones, a la par que confuta la injusticia, el victimismo y el despotismo, ya que nadie es perfecto, aun cuando tenga la razón o haga el bien circunstancialmente. El objetivo ha de ser batallar nuestro mal interior incluso más que el exterior, a fin de ser un poco mejores cada día.

Al final de su obra dedica más de quince páginas a comentar la situación de África, lo cual es una excepción, puesto que no aparece otro colectivo al que procure tanta atención. En aquellas refiere las numerosas persecuciones de hombres santos, religiosos, monjes,... o simplemente de buenas personas que se resistían a la barbarie que se vivía en aquella provincia romana, una vez la más rica y para aquel entonces repleta de felonías y abyección. Nos cuenta que *“las mayores maldades y vicios”* ocurrían en África, de tal forma que merecían todas las penas que estaban sufriendo a manos de los bárbaros. Por tanto, a pesar de que no les cita, de sus palabras podemos deducir que respalda a los Donatistas, un grupo popular

cristiano del norte de África, quienes padecieron y sobrevivieron las persecuciones y matanzas de Roma, hasta que fueron masacrados por el Islam en el siglo VII. Que no aparezcan citados probablemente sea fruto de la censura, o incluso de la autocensura. El último libro, el VIII, acaba abruptamente, además de ser el más corto, ergo los especialistas indican que está incompleto. En vista de que Salviano falleció muchos años después, con toda seguridad el texto fue amputado. Tal vez hablara de los horrores que sufrieron aquellas gentes a manos de los Romanos, a las órdenes de capitostes tan relevantes como San Agustín. Esta crítica, como es lógico, no hubiera pasado desapercibida, por lo que o bien le obligaron a retocar su escrito, o las autoridades directamente amputaron esa parte.

Ahora bien, el de Marsella no secundó del todo el movimiento donatista, como tampoco el bagauda, el cual se examinará más adelante. El análisis de su obra evidencia que estaba en contra del enfrentamiento armado, que adoptó una postura en cierta medida reformadora. Para el siglo III muchos cristianos habían interiorizado un pacifismo utópico y suicida, sin embargo, esta coyuntura se agravó notablemente después de la gran persecución de Diocleciano de los años 303-313 d.c., cuando los más combatientes, resilientes y abnegados fueron exterminados. Empero, la gestación e imposición de la falsa doctrina cristiana, a cargo de las élites romanas y sus acólitos, fue la causa mayor de la terminación del espíritu revolucionario del primer cristianismo.

En sus orígenes, al formar parte del movimiento esenio, los cristianos practicaban la autodefensa armada, y consideraban legítimo resistir al poder por medio de las armas. Así lo evidencia las siguientes palabras de Jesús (Lucas 22:36): “*y el que no tenga espada, venda su manto y compre una.*” Pero en el año 66 d.c. los judíos, inclusive esenios y cristianos, toman Jerusalén y la liberan del yugo romano. Cuando Roma decide enviar al general Tito en el año 70 d.c. los esenios acuerdan defender el asedio de Jerusalén, lo cual, dado que se enfrentaban a un enemigo a quien no podían vencer por aquel entonces, provocó su extinción. Mientras que los cristianos optaron por la estrategia correcta de no luchar ante tales circunstancias desfavorables, y en su lugar expandir su cosmovisión transformadora. No obstante, esta posición no belicosa debió finalizar una vez el equilibrio de fuerzas hubiera cambiado a su favor, mas ciertos sectores del movimiento cristiano se desmovilizaron. Desgraciadamente, su acierto estratégico se acabó convirtiendo en componente de su cosmovisión, relegando así la lucha armada legítima, al tiempo que sellando su triste sino. Unos pocos siglos más tarde, en la revolución peninsular de la Alta Edad Media, se recupera esta dimensión cristiana fundamental; véase *A Society organized for war. The Iberian municipal militias in the Central Middle Ages, 1000-1284* de James F. Powers.

Retornando a lo positivo del marsellés, no cabe duda de que se enfrenta a San Agustín, quien publicó *Ciudad de Dios* unos años antes a *Sobre el gobierno de Dios*. Sus libros se contraponen casi por completo, lo que denota un enfrentamiento de idearios y fines. El de Nipona se formó en el maniqueísmo, por lo que apoyaba principalmente la fe, la obediencia, la sumisión y el doctrinarismo. En cambio, Salviano ante todo patrocinaba el amor en actos, el afecto y la ayuda mutua. Aquel respaldaba a Roma y el esclavismo, mientras que Salviano rechazaba ambos. Su aversión de la esclavitud la proclama con la cita de Mateo (20:28): “*Cristo no vino para ser servido, sino para servir*”.

Otra de sus grandes aportaciones es la fiel descripción que efectúa de las condiciones sociales de su época. Especifica la forma en que el Estado estaba triturando a sus gentes cuando estas simultáneamente padecían las continuas invasiones bárbaras, a la par que denuncia la crueldad de los poderosos, su corrupción, tiranía e injusticia, la concentración de la propiedad, la miseria del pueblo y el avasallamiento fiscal. El crecimiento de la carga tributaria fue tal, que profiere: *“El enemigo es mejor que el recaudador de impuestos”*. Como resultado, paulatinamente más personas libres se encontraban en situaciones de servidumbre, incluso forzados a convertirse en esclavos. Por tanto, arguye, muchos eran compelidos a renunciar a la ciudadanía romana y huir a territorio bárbaro, una decisión tremenda pero que excusa, lo mismo que justifica la revuelta armada contra Roma, como en el caso bagauda. Sobre ellos comenta: *“preferirían vivir como hombres libres, aunque en aparente cautiverio, que como cautivos en aparente libertad.”* Con esta declaración manifiesta su rechazo del sistema romano, cada vez más tiránico, y su amor por la libertad. Asimismo respalda a los Bagaudas en su determinación de plantar cara al Imperio, aunque sólo hasta cierto punto.

El levantamiento bagauda fue una respuesta popular ante la múltiple opresión del estado romano, compuesto en su mayoría por campesinos libres, aunque ídem había esclavos, colonos, bandoleros y algunos descontentos de clase social media-alta. Se originó en el año 285 d.c. en la provincia de Armónica, al noroeste de la Galia, mas fue reprimido ese mismo año. El texto anónimo *Querolus* del siglo V nos dice que allí se dio una sociedad antagónica a Roma y que regían la *“ley natural y la del bosque”*, a la vez que *“las sentencias capitales se pronunciaban bajo los robles”*. Estas y otras referencias indican que los Bagaudas eran independientes política, jurídica, económica y culturalmente, y que recuperaron la tradición prerromana, especialmente celta, de autogobierno mediante asambleas llevadas a cabo debajo de grandes árboles.

A principios del siglo V resurgió en esa zona, además de emerger en Hispania, ocurriendo ciertas revueltas de menor importancia en los Alpes. En la Península Ibérica se circunscribió a la región Tarraconense, entre los Pirineos y el Valle del Ebro. De acuerdo con J.C. Sánchez León en *Los bagaudas: rebeldes, demonios, mártires. Revueltas campesinas en Galia e Hispania durante el Bajo Imperio*, las rebeliones bagaudas únicamente tuvieron lugar en Armónica y Vasconia, a pesar de existir las mismas condiciones socioeconómicas en el resto de provincias galas e hispanas. La razón de tal anomalía es que aquellas eran las regiones menos romanizadas, por lo que al conservar parte de sus culturas prerromanas poseían amor por su mismidad, libertad e independencia. Es decir, al tener una cosmovisión y una identidad histórico-cultural opuestas en muchos aspectos a las de sus opresores fueron capaces de configurar un proyecto propio y enfrentarse a ellos.

Por otro lado, debido a que los cristianos que se unieron a los Bagaudas pertenecían al cristianismo sin comillas, cuando los rebeldes atacaron Tarazona (Zaragoza) en el año 449 d.c. no tuvieron problema en dar muerte al obispo León. También este episodio prueba la existencia de dos cristianismos enfrentados en aquellos tiempos, y que Salviano apoyó al popular-civilizador. Empero, los Bagaudas no pretendieron suprimir todas las élites ni sus estructuras, hecho que demuestra las carencias de su proyecto revolucionario y planteamientos estratégicos. Aunque probablemente su mayor error fuera no generar una cosmovisión transformadora universal, o al menos una para el conjunto de la sociedad romana,

de ahí su localismo. Otro fue su naturaleza plenamente rural, lo que evitó que a ellos se sumara alguna porción de los innumerables oprimidos de las áreas urbanas.

Al final, conforme a la *Crónica de Idacio*, el Rey godo Frederico “*bate a los Bagaudas Tarraconenses, a solicitud de los Romanos*”, en el año 454 d.c. Los supervivientes debieron refugiarse en el Alto Valle del Ebro, en las regiones montañosas más aisladas, donde luego se tuvieron que mezclar con parte del movimiento ermitaño y cenobítico popular cristiano, el cual se concentró en la llamada *Capadocia del País Vasco*. Así pues, la confluencia de los Bagaudas supervivientes que representaban la cultura vasca/norteña prerromana y del cristianismo revolucionario conformaron una resistencia sólida y eficaz frente al poder visigodo, que no fue capaz de conquistarles como hizo con el resto de la Península Ibérica. A partir de esa fusión y de su perseverante batalla contra los Visigodos gestaron una nueva sociedad con una nueva manera de entender el mundo y unos nuevos valores, dando origen al proceso creador-civilizador que se ha denominado *Revolución de la Alta Edad Media Hispana*. Sus logros más excepcionales fueron el comunal, el concejo abierto, el derecho consuetudinario y la milicia concejil, y sobre todo una cosmovisión cuyo quid era el sujeto y el amor entre iguales.

Entonces, pese a que los Romanos demonizan a los Bagaudas, Salviano les escuda, hasta ser la mayor fuente escrita sobre ellos. Pero, como ya se ha sugerido, su propuesta política es deficitaria. Por un lado encontramos su defensa diáfana de vivir como Cristo, ergo patrocina la organización social comunal. En cambio, no propugna una sociedad organizada por medio de asambleas, algo que sí hizo el cristianismo.

Con el propósito de dilucidar el proyecto original cristiano se analizará el texto bíblico *Hechos de los apóstoles*, de donde se extraen las respectivas citas. Aun siendo cierto que los documentos testamentarios sufrieron grandes retoques y tergiversaciones a lo largo de las centurias, fundamentalmente a manos de la Iglesia católica romana, lo explicado a continuación también está verificado por abundantes datos, referencias y restos de origen no sólo cristiano sino pagano, verbigracia autores como Tácito, Flavio Josefo, Luciano de Samósata et altri. El programa político-social cristiano en esencia era:

- El sujeto es crucial. Puesto que pretendían luchar “*con toda valentía*” contra la opresión, la injusticia y la ignominia de las élites, necesitaban constituirse como personas con un rotundo compromiso, sacrificio y “*esfuerzo siempre...*”; así como con “*fortaleza*”, pues les esperaban “*prisiones y tribulaciones*”. E igualmente con desinterés, magnanimidad y heroísmo, hasta el punto que uno debe estar “*listo no solo a ser atado, sino también a morir.*”

- Vivir de manera comunal, frugal y basada en el amor mutuo: “*Y todos los que creían se reunían y tenían todas las cosas en común.*” “*Vendían sus posesiones y bienes, y los repartían a todos, a cada uno según tenía necesidad.*” Anhelaban maximizar la convivencia, la confianza y la interconexión personal: “*La multitud de los que habían creído era de un solo corazón y una sola alma. Ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que todas las cosas les eran comunes.*” “*No había, pues, ningún necesitado entre ellos.*”

- Organizarse mediante asambleas, para autogestionar la vida democráticamente y evitar las jerarquías, ya que estas impiden las relaciones de afecto. En los *Hechos de los apóstoles* la

palabra iglesia aparece constantemente, aunque en aquellos años denotaba algo muy diferente a lo actual, pues procede de la palabra griega *ekklesía*, que significa *asamblea*.

- Vedar líderes o jefes que impusieran su dominio sobre el prójimo, de ahí que todos se llamaran “hermanos” entre sí. Además, “los apóstoles Bernabé y Pablo [...] rasgaron sus ropas y se lanzaron a la multitud dando voces y diciendo: *Hombres, ¿por qué hacen estas cosas? Nosotros también somos hombres de la misma naturaleza que ustedes*”.

- Tratar a todos por igual, sin sexismos. De modo que “*Los que creían en el Señor aumentaban cada vez más, gran número así de hombres como de mujeres...*”. Lo mismo que entre razas, etnias, pueblos, tribus, clases,... dado que: “*Dios no hace distinción de personas...*”, “*Él es el Señor de todos.*”

- Rechazar tajantemente el esclavismo, o cualquier otro tipo de explotación, por eso todo el mundo realizaba trabajo manual. Así nos transmiten que “*Pablo... permaneció con ellos y trabajaba...*”; y más adelante declara: “*Ustedes saben que estas manos proveyeron para mis necesidades y para aquellos que estaban conmigo. En todo les he demostrado que trabajando así es necesario apoyar a los débiles...*”

- Combatir al Estado, a la par que desplegar un proyecto que instaure una nueva sociedad cualitativamente superior. En su caso desafiaron a las élites romanas y judías, debido a lo cual “*Echaron mano a los apóstoles y los pusieron en la cárcel pública...*” Su objetivo era imitar la vida y seguir las enseñanzas de “*Jesús, a quien ustedes mataron colgándole en un madero*”.

Si lo que se acaba de inferir no se entiende actualmente es porque se ignora la verdad de los hechos acaecidos, producto de una concienzuda difamación, ocultación y falsificación del cristianismo, por la sencilla razón de que fue el movimiento popular más importante de la historia conocida, por tanto odiado por aquellos que escriben la historia, los que mandan. Pero cualquiera con un mínimo de sentido común y ganas de averiguar la verdad llegará a similares conclusiones. En fin, ahora se especificarán otros cuatro aspectos negativos en el pensamiento del marsellés, los cuales complementan lo mencionado previamente.

En sus textos comprobamos que coloca a Cristo a la altura de Dios, concepto que ni siquiera en la Biblia aparece tan nítido, ya que también le encontramos repetidamente como un hombre corriente. Esta idea de Jesús como un individuo terrenal, aunque excepcional, debió ser compartida por numerosos integrantes del cristianismo primitivo. Las élites romanas impulsaron la deificación de Cristo para situarle en un plano sobrenatural y así convertirle en un ser netamente divino, por consiguiente inalcanzable e inimitable. De esta manera se adulteraba por completo el mensaje cristiano.

Otrosí Salviano ampara las ideas religiosas de recompensa futura, temor al castigo divino y del premio post mortem por nuestras acciones presentes. Estas nociones causan que las personas nos movamos con arreglo a nuestro interés particular, por miedo a recibir un escarmiento o buscando una retribución, en lugar de que nuestras existencias se basen en el esfuerzo desinteresado por el amor, el bien, la verdad, la libertad o la justicia.

Además, cedió al paternalismo respecto a esclavos y pobres, al no exigirles apenas responsabilidad por la situación que padecían. Aquellos no fueron solo perjudicados por el

sistema, como ahora tampoco lo somos, sino simultáneamente sus partícipes y sostenedores. La víctima ad infinitum se paraliza y se resigna a su trágica inexistencia, renuncia a autoedificarse, del mismo modo que rehúsa organizarse junto a sus iguales con el fin de hacer frente al despotismo.

Por último, un desacierto de Salviano y del cristianismo fue su adhesión al concepto de verdad divina o revelada. Aun cuando en el génesis del movimiento cristiano esa idea no tendría apenas peso, inequívocamente tuvo cierta relevancia. La ascendente de ese dogma en su gnoseología y epistemología desembocó en reflexiones, análisis, estrategias y actuaciones equivocadas. Lo óptimo es un esfuerzo cognoscitivo ateórico e integral, basado en los hechos, la experiencia concreta y la intrínseca complejidad de lo real, guiado por el amor a la verdad y precavido ante su inherente falibilidad e incertidumbre, impulsado por la valentía y el compromiso ético.

Una vez esclarecidas sus faltas, en justicia se ha de culminar con una estimación de sus logros y legado. En primer lugar, el acercamiento a su obra es clave a la hora de aprehender plenamente el cristianismo. Asimismo, son de gran valía sus descripciones y análisis de la caída del Imperio romano, junto a su apología de las virtudes y valores clásicos que componen lo mejor de la cultura occidental. Para colmo, ejerce de nexo entre dos revoluciones trascendentales: el cristianismo y la gran transformación altomedieval, de ahí que su estudio sea ineludible si se quiere comprender el paso del viejo mundo al nuevo, y por ende la época presente.

Tras haber recorrido este viaje espiritual entorno a Salviano, al menos nos debe haber servido como fuente de conocimiento y oportunidades para la reflexión, no sólo a través de sus aciertos sino también de sus errores. No obstante, la pifiaríamos si simplemente nos conformáramos con el acto intelectual, si no interiorizáramos la máxima cristiana de amor en actos, de potenciar nuestras capacidades para la acción transformadora. Tiene que impelernos a crear una nueva cosmovisión revolucionaria, una que recoja creativamente lo bueno del pasado al tiempo que genere ideas originales. Un proyecto que ponga al individuo y su autoconstrucción en el centro.

Mayo 2018

Félix Rodrigo Mora

José Francisco Escribano Maenza